El comerciante y el contador

Narrada por Eesha Sardesai

En algún lugar de la región de los Alpes, enclavado en un sinuoso valle al pie de sus majestuosas montañas, se encontraba una pequeña aldea. Y justo en medio de esa aldea, había una tienda. Era una tienda en donde se podía encontrar de todo, desde comida hasta jabones, guantes y gorros de suave lana. Los habitantes de la aldea adoraban ese lugar. Iban por la mañana por una hogaza de pan recién horneado y por los ingredientes para la comida del día. Aparecían a media tarde para adquirir lo que se les había acabado en casa**:** velas, hilo, un remedio de hierbas para la gripe. Por la noche, pasaban por ahí para saludar rápidamente a las demás personas que allí se encontraran. Era una tienda, un lugar de encuentro, un centro de reunión y un hogar para todos.

La tienda era atendida por una pareja, marido y mujer quienes la habían heredado de su familia justo después de casarse. Sus nombres eran Hans y Frida, y eran muy queridos por los aldeanos; sus ojos amables y su conversación amena eran parte integral de la tienda, como lo eran las cornisas inclinadas de madera y los estantes de piso a techo.

Hans y Frida amaban su trabajo; era su pasión, su forma de contribuir con su comunidad. Y aunque sus ganancias no eran extravagantes, nunca vieron un motivo por el cual quejarse. Al final de cada semana, anotaban el recuento de sus gastos y sus ingresos en un gran libro forrado en piel, con páginas gruesas en forma de pergamino que se enrollaban por los bordes. Siempre tuvieron lo que necesitaban. Pudieron mantener a su hijo y llevar una vida cómoda.

De esta manera, transcurrieron diez, veinte, veinticinco años. La vida siguió en la aldea, y, en su mayor parte, la tienda continuó siendo una reliquia de un

eterno presente. Cada mañana abría y cada noche cerraba. La gente entraba y salía a raudales. La piel del libro de contabilidad se suavizó con el tiempo y su color se volvió un castaño rojizo moteado.

Durante este tiempo, el hijo de la pareja, Andreas, se hizo mayor. Deseoso de aprender más acerca del mundo, más allá de su aldea, se mudó unas cuantas poblaciones más lejos, para continuar sus estudios. Allí le dieron a conocer nuevas ideas, nuevas perspectivas, y formas más avanzadas y eficientes de hacer las cosas. De vez en cuando, pensaba en cómo podía aplicar algo de lo que estaba aprendiendo al negocio de sus padres, cómo podían hacer la tienda más atractiva para los clientes.

Una tarde, cuando Andreas estaba de regreso en casa para visitar a sus padres, se sentó a la mesa donde su padre contaba las ganancias del día. Contempló la familiar escena: el olor rancio de los travesaños de madera, la mezcolanza de productos que rebozaban las estanterías.

— ¿Padre? —dijo al cabo de un momento.

— ¿Sí, hijo? —respondió Hans— mirando con los ojos entrecerrados el montón de efectivo y monedas que tenía delante, con un par de anteojos de media luna colocados sobre la nariz.

— ¿Has pensado alguna vez… en hacer unos cuantos cambios aquí?

— ¿Cambios?

Hans solo estaba escuchando a medias.

— Sí. Quiero decir, no me malinterpretes, lo que han hecho con este lugar es excelente. A todos les encanta la tienda. Es solo que… siento que podríamos arreglar las cosas un poco. Tener las cosas un poco más en orden.

El padre se quitó los anteojos y miró a su hijo.

— ¿Qué tienes en mente?

— Bueno, solo mira la forma como llevas las cuentas. Todavía utilizas el mismo libro de contabilidad que usabas cuando yo era niño.

El hijo le acercó el libro contable. Estaba lleno de hojas y la encuadernación se estaba rompiendo. Cada página se estaba cubierta con minúsculos garabatos borrosos, los cálculos de las ganancias de tantos años anteriores.

— ¿Ves? —dijo el hijo— es difícil leer esto, y mucho más usarlo. ¿Puedes decir realmente cómo va la tienda con solo ver este libro contable? ¿Cómo sabes si podremos mantenernos en un futuro, si el negocio está creciendo como debería?

Su padre alzó las cejas. La manera sencilla en que hacía el recuento de los costos y los gastos había funcionado bastante bien para él en todos estos años. Pero pensó que tal vez su hijo tenía razón. Habían pasado veinticinco años. Quizá *ya* debían actualizarse.

— ¿Qué recomiendas que hagamos, hijo?

— Conozco a un buen contador que vive en el pueblo aledaño. Le pediré que vea nuestra contabilidad.

Pocos días después, llamaron a la puerta de la tienda. Entró un hombre pequeño y rollizo; llevaba puesto un pesado traje negro, con el cuello rígido y almidonado, y un sombrero de copa.

— Buenas tardes soy Herr Imhof, y soy el contador —anunció— quitándose el sombrero con un ademán exagerado.

Hans, que había estado surtiendo los estantes cercanos, dio la bienvenida al hombre. Mientras le mostraba la tienda, el contador miró los diferentes artículos a la venta y tomando algunos de ellos decía ocasionalmente: "¿Eh?" o "Aaaah" o "Ejem". Hans no estaba muy seguro de cómo interpretar estos sonidos, pero continuó siendo amable como siempre, y condujo a Herr Imhof hasta el escritorio donde estaban el libro de contabilidad y las facturas y le ofreció una taza de té.

Herr Imhof negó cortésmente con la cabeza. Se quitó el sombrero, sacó un bolígrafo y su propia libreta cuidadosamente encuadernada, y empezó a trabajar.

Unas horas más tarde, el contador se levantó y se colocó de nuevo el sombrero en la cabeza.

— Bueno—dijo— hay mucho más trabajo por hacer, mucho que volver a contar y que reexaminar, pero lo estoy logrando. Volveré mañana.

Y se presentó de nuevo al día siguiente. Y al día siguiente, y al siguiente. Siguió así durante algún tiempo, Herr Imhof llegaba en la mañana a la tienda, miraba alrededor con un gruñido o con el ceño fruncido, y luego se absorbía en los libros contables hasta bien entrada la tarde.

Un día, tras unas semanas de esta rutina, Frida se dio cuenta de que su marido estaba extrañamente callado. Era un día hermoso, cálido, soleado. La luz entraba a través de las ventanas. La tienda estaba llena de gente, muchos de ellos conversaban animadamente sobre lo que querían comprar para ir a una excursión o hacer un pícnic en la montaña.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Frida a su esposo. ¿Por qué estás tan callado?

El hombre se miró las manos, arrugando la frente. No contestó.

— ¿Qué ocurre? Sabes que puedes contármelo.

—Se trata del contador, Herr Himhof.

Las líneas en su frente se hicieron más hondas.

— ¿Qué pasa con él?

— Anoche cuando se iba… me dijo… la voz del hombre se fue apagando.

— ¿Si? ¿Qué te dijo?

El hombre suspiró, rindiéndose.

— Me dijo que pronto estaremos en bancarrota.

— ¿Qué? —dijo Frida—¿cómo puede ser eso?

— Bueno, en realidad no estamos en bancarrota ahora, ¡pero Herr Himof dijo que *podríamos* estar en bancarrota en cierto momento del futuro! Dijo que teníamos que expandirnos por la región, que teníamos que conseguir más clientes y diferentes tipos de productos, ¡que lo hemos hecho todo mal!

El hombre puso la cabeza entre sus manos, totalmente desconsolado.
Frida echó un vistazo por la tienda. La gente se agolpaba en los estrechos corredores, riendo, hablando, escogiendo mercancías. Una cola de clientes había empezado a formarse en la caja registradora. Ella se giró hacia su esposo.

— Déjame hacerte una pregunta, querido.

— ¿Si? —dijo Hans con voz apagada y con la cabeza aún entre sus manos.

— Durante todos estos años hemos tenido esta tienda, ¿si?

— Sí.

— ¿Y durante este tiempo, siempre hemos tenido muchos clientes?

— Sí.

— ¿Y siempre has llevado un cuidadoso control de las facturas y los gastos?

—Sí.

— ¿Y siempre hemos tenido suficiente dinero?

— Sí.

— ¿Y hemos sido felices?

— Sí, muy felices.

— Entonces, ¿cuál es la diferencia ahora?

El hombre miró a su esposa. La expresión de su cara, de dolor y angustia, empezó a desvanecerse.

Hizo una breve pausa. Y entonces dijo:

— ¡El contador!

© 2019 SYDA Foundation®. Derechos reservados.